

Ya es dueño del apetecido poder el hombre por todos aclamado; ya domina sin contrariedad al débil Carlos el bastardo príncipe que lleva el nombre de otro ilustre bastardo del linage de Austria; todos le ayudan, y nadie le estorba; libre y desembarazadamente puede consagrarse el nuevo ministro á sanar los males y cicatrizar las llagas de la monarquía. ¿Cómo corresponde á las públicas esperanzas?

Ensañase don Juan con sus adversarios, pero no recompensa á sus amigos. Largo en venganzas y mezquino en premios, persigue, pero no remunera. Altivo y soberbio, dáse aire de príncipe mas que de ministro: toma para sí silla y almohada en la capilla, y no da asiento en la secretaría á los embajadores. El hombre de la *Junta de Alivios* cuando era pretendiente, recarga á los pueblos en vez de aliviarlos cuando es gobernante. Los tributos crecen, los mantenimientos menguan. La justicia anda tan perdida como la hacienda, y la guerra tan mal parada como la hacienda y la justicia. Mientras se pierden plazas en Cataluña y Flandes, don Juan se ocupa en proscribir las golillas de los cuellos y en sustituirlas con corbatas. Mientras Luis XIV. dispone de la suerte de España en Nimega, don Juan dispone que el caballo de bronce sea trasladado del palacio al Buen Retiro. Fijos el pensamiento y los ojos en el alcázar de Toledo, ni ve, ni oye, ni lee lo que pasa en los Países Bajos, pero ve, oye y lee todos los chismes que de la reina madre

le traen ó comunican sus numerosos espías. Nimiamente suspicaz, y puerilmente receloso, el que se suponía con aspiraciones á una corona, descende al papel de un gefe de policía local. Las sátiras y pasquines que contra él pululan le trastornan el juicio; tómalos por lo sério, castiga en vez de despreciar, y llueven escritos malignos y picantes, que á él le desesperan, y al pueblo le alivian en su desesperacion.

Este pueblo, que, como hemos dicho en otro lugar, pasa fácilmente del aplauso al enojo, del entusiasmo al aborrecimiento, y mas cuando ve de tal manera defraudadas sus esperanzas, toma á don Juan tanto ódio como habia sido su cariño, y hace escarnio y befa del ídolo que antes habia adorado. Mal correspondida la nobleza que le encumbró, da las espaldas al de Austria, y vuelve otra vez el rostro á la destrada de Toledo, que con ser caprichosa y avara, orgullosa y vengativa, con ser estrangera y desafecta á España, con haber merecido la abominacion general, le parece preferible al príncipe español, y conspira para traerla de nuevo á la córte. El pueblo casi echaba de menos á Valenzuela; la grandeza buscaba otra vez á la reina madre: melancólico testimonio del menosprecio en que habia caido el príncipe bastardo, á quien no quedaba mas amparo que el rey, que ni le amaba ni le aborrecia; visitábale en sus enfermedades, pero en los negocios solia decir: «*Importa poco que don Juan se oponga.*» Sucumbió el de Austria de-

vorado por la pesadumbre de tan universal abandono, y no alcanzó á ver las bodas del rey con María Luisa de Orleans, que él mismo habia negociado con la ilusoria esperanza (que de esperanzas y sueños viven mas que todos los hombres los que reciben mas tristes desengaños,) de que habia de encontrar en ella favor y apoyo. El rey ni sintió su muerte, ni se alegró de ella: no pensó mas que en esperar á su esposa, y en ir á Toledo á buscar á su madre para traerla otra vez á su lado. El pueblo continuó preparando sus fiestas para el recibimiento de la princesa de Francia que venia á ser su reina.

Así se pasó el primer tercio del reinado de Carlos II. Ni un solo pensamiento salvador para esta desgraciada monarquía, ni un solo hombre de estado, ni una sola esperanza de remedio. Nada mas que orgullo acompañado de ineptitud, ambicion acompañada de flaqueza y cobardía, genio para la intriga acompañado de incapacidad para el gobierno; que esto y no mas representaba la reina madre, el confesor Nithard, el privado Valenzuela, y el hermano natural del rey. El pobre Carlos II. que cumplió la mayor edad para no dejar nunca de ser tratado como niño, víctima inocente de aquellas intrigas y rivalidades, tenia al menos la fortuna de no sufrir, porque tenia la desgracia de no conocer cómo se iba acabando la monarquía. Hasta ahora figuraba tan poco el rey en su reino, que, como habrá observado el lec-

tor, apenas hemos tenido necesidad de nombrarle.

Con tan miserable estado en lo interior del reino, ¿qué podíamos prometernos fuera? Si al menos Luis XIV., ya que no acostumbraba á ser generoso, hubiera sido justo....! Mas no pueden ser estas nunca las virtudes del hombre á quien domina una ambicion insaciable. El monarca francés, aguijoneado por la codicia y nada atormentado por la conciencia, rasga sin escrúpulo dos páginas del tratado solemne de los Pirineos, y por una parte fomenta y protege la guerra de Portugal, por otra conduce atrevidamente sus ejércitos á los Países Bajos, alli para arrancarnos un reino, aqui para arrebatarnos los menguados dominios que nos quedaban, so pretesto del pretendido *derecho de devolucion* que alega corresponder á la reina su esposa.

No nos maravilla que en menos de tres meses se hiciera el francés dueño de toda la línea de fortificaciones que habia entre el Canal y el Escalda, y que en cuatro semanas se apoderára del Franco-Condado. Confesamos su actividad, pero no le atribuimos gloria, porque no hay gloria donde no hay resistencia, y era bien escasa la que podia oponerle el marqués de Castel-Rodrigo. Triste necesidad, pero necesidad verdadera fué para España, si no habia de desatender á lo de Flandes, hacer las paces con Portugal, y reconocer la independenciá del reino lusitano, casi ya de hecho reconocida, despues de veinte y ocho años de estéril y vergonzosa lucha. La pérdida estaba consu-

mada: el reconocimiento no era mas que una formalidad. Aun desembarazada Castilla de aquella atencion, habria sido impotente para recobrar lo de Flandes, porque sus fuerzas, y sus recursos estaban agotados ⁽⁴⁾.

Por fortuna la ambicion y la osadia de Luis XIV. alarma las potencias marítimas; y Suecia, Inglaterra y Holanda, recelosas de tanto engrandecimiento, y temiendo por su propia seguridad, se unen para oponer un dique á tales agresiones, y obligan á Fran-

(4) «Me he informado particularmente, escribia el embajador de Francia, de los medios que se han empleado aqui para reunir dinero á fin de socorrer pronto á Flandes..... Los señores del consejo de Castilla han dado voluntariamente la mitad de sus emolumentos de un año, que puede calcularse en veinte mil escudos... El de Indias ha dado cuarenta mil en ciertos bienes confiscados que le correspondian. Los demas consejos han seguido la misma proporcion, hasta el de Estado.... y he sabido que el marqués de Mortara, que no anda muy desahogado, ha contribuido con mil patacones. Este medio ha podido producir una cantidad efectiva de ciento cincuenta á doscientos mil escudos, que se han enviado á Flandes por letras de cambio, que acaso no serán aceptadas. En cuanto á los otros donativos de personas de categoría, aun no he sabido mas que el del almirante de Castilla de mil pistolas. Sin embargo, la reina ha escrito una carta circular á todos los particulares esponiendo los apuros del reino, y asegu-

rándoles que estará eternamente agradecida por los auxilios que le preste cada uno en esta ocasion segun sus fuerzas. Como este medio es puramente voluntario, no creo produzca mucho dinero porque ya principia á decirse que eso viene á ser pedir limosna.—Acaba de adoptarse otra resolucion, que es rebajar aun el quince por ciento á las rentas de los juros por via de socorro: antes les habian rebajado el cincuenta por ciento: en seguida el diez por ciento de la otra mitad; y ahora le quitan el quince por ciento, de modo que el *jurista* ya no cuenta eso en el número de sus bienes, lo que empobrece aqui una infinidad de casas particulares... Tambien se ha dado un decreto para que se paguen cien escudos al año por los carruages de cuatro mulas, cincuenta por los de dos; y quince por las mulas de paso que los particulares montan por la ciudad. Es cuanto puede hacerse aqui para sacar dinero.»—Despacho del duque de Embrun á Luis XIV.—Mignet, *Sucesión*, tom. II.

cia á suscribir, á España á resignarse con la paz de Aquisgran. España se sostiene ya de la caridad de otras potencias; pero recibiendo siempre heridas mortales. ¿Qué importa que se le devuelva el Franco-Condado, que no ha de poder conservar, si retiene el francés las plazas de Flandes que le hacen dueño del Lys y del Escalda, y le abren fácil paso á los Países Bajos españoles?

Que el violador de la paz de los Pirineos no habia de ser mas escrupuloso guardador de la de Aquisgran, cosa era que podia preverse. Inglaterra y Suecia ceden vergonzosamente al oro y los halagos de Luis XIV.; y deshecha asi la triple alianza, y sobrepretexto de vengar agravios recibidos de los holandeses, y como si no existiera el tratado de Aquisgran, arrójase el francés sobre las Provincias-Unidas, su primer impetu es irresistible, y penetra hasta las puertas de Amsterdam. La invasion de los Países Bajos españoles habia alarmado las Provincias-Unidas; la invasion de las Provincias alarma la Alemania. Aquella produjo la *triple alianza*; esta produce la *gran confederacion* entre el emperador Leopoldo, los Estados germánicos, la Holanda y la España.

Vióse entonces un fenómeno notable, y digno de la consideracion de los hombres pensadores. Las provincias disidentes de Flandes, que protegidas por Francia y por Inglaterra habian sostenido una lucha sangrienta de ochenta años contra España y el Impe-

rio por sacudir la dominacion española; aquella república de las Provincias-Unidas, cuya independenciam reconoció por último España, se encontró ahora invadida por Francia é Inglaterra, sus antiguos amigos y protectores, y halló el mas noble apoyo, los mas leales aliados en España y en el Imperio, sus antiguos dominadores y enemigos.

Y es que los papeles han cambiado. Luis XIV. de Francia representa en el siglo XVII. el que habían desempeñado en el siglo XVI. Carlos I. y Felipe II. de España; el de aspirante á la dominacion universal de Europa; y ahora como entonces las naciones por el instinto de la propia conservacion se unen para combatir al coloso que amenaza absorberlas. Las sociedades políticas buscan su equilibrio como los cuerpos fluidos; y la necesidad y la conveniencia del equilibrio europeo, sistema nacido en el siglo XVI. para atajar la desmedida preponderancia de un monarca español, produce á su vez que España en el siglo XVII. reducida á la mayor impotencia encuentre naciones que se interesen en defender lo que aun le resta de sus antiguos dominios. Suecia es vencida en esta lucha. Luis XIV. pierde sus conquistas con la misma celeridad que las habia hecho. Inglaterra abandona á la Francia; desampáranla tambien el elector la Colonia y el obispo de Monster y Luis XIV. se queda solo contra todos los aliados. No le importa, y asi se cumplen los deseos de su ministro y consejero

Louvois, que le estaba diciendo siempre: «*Vos solo contra todos*»⁽¹⁾.

En esta ocasion acreditó la Francia cuán inmenso era su poder militar: Luis XIV. se mostró uno de los mas activos y mas hábiles guerreros de su siglo; y sus generales, Condé, Turená, Crequi, Humieres, Luxemburg, Schomberg, Enghien, Rochefort, Orleans y La Feuillade ganaron infinitos lauros peleando contra todas las potencias aliadas, en la Alsacia y la Lorena, en Flandes y en Henao, en Rosellon y en Cataluña. En las campañas de 1674 á 1679 parecian inagotables las fuerzas de la Francia, y en la persona y en los ejércitos de Luis XIV. se veian reproducidos los mejores tiempos de Carlos V. En seis semanas se apoderó por segunda vez del Franco-Condado, para hacerle dominio permanente de la Francia. El príncipe de Condé vencía en Seneff al de Orange, el mejor general holandés: Turená fatigaba y rendía en Alemania á Montecuculli, el mejor general del imperio: Schomberg y Noailles nos tomaban en Cataluña á Figueras y Puigcerdá. La guerra era colosal, y el triunfo coronaba por lo comun el vigor, la actividad y la superior inteligencia de los guerreros franceses.

La desgraciada España, que en medio de su flaqueza y de su desconcierto interior, hacía esfuerzos

(1) «Si algun emblema ha sido justo bajo todos los puntos de vista, es el que se ha hecho para Vuestra Magestad: *Solo contra todos.*»—Testamento político de Louvois, en la Coleccion de Testamentos políticos, tomo IV.

inverosímiles, como galvanizada por los auxilios de las potencias confederadas, iba perdiendo las mejores plazas del País Bajo español, y solo en Cataluña estaban sirviendo de estorbo á mayores conquistas del francés las hazañas heroicas de los miqueletes del país, que hacian maravillas de valor y de arrojo.

Mas para colmo de nuestro infortunio, hubo necesidad de desmembrar las escasas fuerzas que operaban en el Principado, para llevarlas á Italia. Messina, la única ciudad de Sicilia que habia permanecido fiel á España cuando se sublevaron aquel reino y el de Nápoles en el reinado de Felipe IV., se insurreccionó ahora contra el gobernador español en reclamacion de sus fueros hollados. Ahora en Messina, como entonces en Nápoles, fueron abatidos los escudos de armas españoles al grito de «¡Viva Francia! ¡Muera España!» Aquella ciudad aclamó y juró por rey á Luis XIV., como Barcelona algunos años antes á Luis XIII. Allá pelearon tambien por tierra y por mar las tropas y las naves españolas y francesas: sufrimos contratiempos y reveses sangrientos, perdimos una escuadra, y pereció lastimosamente nuestro mas poderoso auxiliar, el famoso almirante holandés Ruyter.

Tal era nuestro miserable estado en Italia, en Cataluña y en Flandes, cuando se estipuló la célebre paz de Nimega, en que á costa de algunas plazas que nos fueron devueltas, perdimos todo el Francó-Condado

y catorce ciudades de los Países Bajos. Victorioso en todas partes Luis XIV., tan diestro negociador como incansable guerrero, tuvo habilidad para ir pactando separadamente con cada potencia y obligando á todas. ¿Qué habia de hacer España sino resignarse y aceptar cualesquiera condiciones, viéndose abandonada de las Provincias-Unidas, ajustadas ya en convenio separado con la Francia? ¿Y qué habia de hacer el emperador y los príncipes del Imperio sino someterse y suscribir, faltándoles ya todos sus aliados? La paz de Nimega señaló el punto culminante de la grandeza de Luis XIV. Habíase cumplido la máxima de Louvois: *Solo contra todos.*

Con la paz de Nimega comienza el influjo moral de Luis XIV. en España. La política de la córte de Madrid muda de rumbo, Deshácese el tratado de casamiento de Carlos II. con una archiduquesa de Austria, solemnemente estipulado y firmado, y se trae para reina de España á María Luisa de Orleans, sobrina carnal de Luis XIV.